

Despertar para hacernos sustentables

Por M. Isidora Mena E.

Directora Ejecutiva Valoras UC

Concluyó junio, mes del medio ambiente, pero no concluye el tremendo desafío de reflexionar y construir el mundo que queremos dejar a nuestros niños y niñas que están creciendo.

Necesitamos en primer lugar, reflexionar las incongruencias entre la preocupación por el medioambiente y las prácticas cotidianas nuestras, de empresas, instituciones y gobiernos. No aporta a la sustentabilidad no entregar bolsas plásticas para llevar la mercadería, si ella se envasa en plástico, no es biodegradable o contamina. Nosotros(as) seguimos consumiendo sin reclamar un sello negro que diga “contaminante” y “producido contaminando”. Separamos basura sin preguntarnos dónde va a parar: la mayoría mezclada y sin reciclar, llega a un basural (más del 95% de los residuos se descargan en vertederos). Separamos basura pero seguimos produciéndola por kilos. Lideramos la cantidad de basura producida per cápita en Latinoamérica con 456 kg anuales y con gran retraso en las políticas públicas relacionadas (Greenpeace Chile, 2016).

Un segundo tema necesario de comprender es el rol de variables sociales, culturales y económicas en la crisis ambiental. Hoy se habla de ecología social, ecología integral, o sustentabilidad integral, mostrando cómo el modelo con que estamos desarrollando nuestras sociedades no nos hace sustentables. Por supervivencia debemos aprender a mirar sistémica, crítica y creativamente para reconocer el fenómeno y crear nuevas formas de desarrollo y maneras de convivir. El modelo actual empobrece el medioambiente y no nos está permitiendo superar el problema de la pobreza con suficiente efectividad. Algunos datos sobre el planeta: mientras la población mundial solo se ha duplicado desde 1950, el consumo de agua se ha triplicado, la emisión de CO2 cuadruplicado, y el consumo de combustibles, la pesca y la producción de carne quintuplicado. Es decir, “*estamos consumiendo 1,3 planetas tierra y tenemos solo uno*” (Lanahue Sustentable, 2011). Datos sobre el bienestar de la humanidad: pese a una mejora en la producción de la riqueza, aún casi la mitad de la humanidad vive en situación de pobreza (Banco Mundial, 2018); el 82% del dinero generado en el mundo el 2017 fue a parar al 1% más rico de la población global (Oxfam, 2018); el promedio de consumo de energía diario de 1 norteamericano equivale al de 61 nigerianos (Narain, 2017).

Somos todos(as) un poco cómplices en la mantención de un modelo de consumo que nos hace daño. Compramos artículos baratos confeccionados en países lejanos por mujeres y niños(as) a cambio de comida; usamos más calefacción de la requerida emitiendo un CO2 evitable; toleramos pesquerías que depredan porque dan trabajo (miserable), en vez de considerar otras alternativas para producir y dar trabajo; los más pudientes consumen inconscientemente variedad de drogas caras, sin relacionar que es el consumo en Chile el responsable de las tragedias del tráfico en los sectores más pobres; y así, interminables inconsciencias. Ciertamente es que hay fuertes intereses detrás del actual modelo de desarrollo, con los medios de comunicación a su lado, pero reconozcamos que somos cómplices.

Tenemos hoy algo a favor: una crisis más palpable, con respaldos científicos y hechos perceptibles: lluvias torrenciales, tierras que se secan, aguas que disminuyen. Y junto a la crisis que nos despierta, la ventaja del magnífico desarrollo tecnológico, hiperconectividad e inteligencia artificial que podrían resolvernó gran parte del problema.

La encíclica *Laudato si* (2015) de la Iglesia Católica lo explica claramente: “(nuestra tierra)...maltratada y saqueada clama, y sus gemidos se unen a los de todos los abandonados del mundo” (2). “El ser humano es todavía capaz de intervenir positivamente (...) no todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, pueden también superarse, volver a elegir el bien y regenerarse” (58;205).

¿Qué mantiene vigente nuestro actual modelo de desarrollo? Evidentemente detrás de este están los intereses económicos, pero ¿qué hay “detrás de lo detrás”? Uno de los factores es la debilidad con que asumimos y nos formamos en ciertos valores que son reconocidamente imprescindibles para la sustentabilidad de la humanidad: el primero es el valor del *respeto a todos los seres humanos, iguales en dignidad*. Sin ese valor, es posible enriquecerse sin que importe el malestar de los demás, sin reconocer la injusticia de sus sueldos, sin urgirse y cambiar la cultura educativa, viviendo gozadores de un modelo económico que a otros(as) produce miseria. Un segundo valor debilitado es el *cuidado del otro* en su diferencia, necesidades, dolores y circunstancias. El cuidado produce *equidad social* o justicia social, que es un valor distinto a la justicia a secas, pues “cuida” que no queden unos(as) con mucho más bienestar que otros(as), sean cuales sean sus circunstancias. Vivir la *libertad* como valor que aporte a la sustentabilidad desde la perspectiva de la creatividad y la felicidad, requiere que ella sea trío inseparable con el respeto al otro(a) como igual y con la equidad social. Con el precioso valor de la libertad, el modelo actual tiene una fatal confusión.

La escuela es un buen lugar para tomar conciencia y aprender lo que necesitamos para construir un mañana sustentable, si está organizada en la lógica del respeto amoroso entre todos y todas, el cuidado a los demás, el diálogo, la resolución pacífica de conflicto, la sobriedad y el aprendizaje relevante para la vida actual. Aprender los contenidos sirve para crear el mundo que necesitamos, pero antes habremos de tomar conciencia de que hay que recrearlo, aprender a reflexionar profunda, sistémica y críticamente, formarnos en valores y competencias socioemocionales y éticas para relacionarnos como comunidad. En la escuela tenemos que saber ponernos a la altura, atreviéndonos a un cambio en 180 grados.